

## 500 años después

Virgilio Zapatero

Hace exactamente 500 años, se iniciaron las clases en esta Universidad. Como homenaje a nuestros fundadores, hemos querido reproducir lo más fielmente posible el ceremonial de aquel día y que consistió en un desfile académico desde la catedral hasta el Colegio San Ildefonso para escuchar la primera lección que se impartió en esta institución. La pronunció quien acababa de ser nombrado primer Canciller de la Universidad de Alcalá, Pedro de Lerma, doctor en teología por la Sorbona, y uno de los miembros más activos del grupo de humanistas y erasmistas que se fue formando en esta Universidad. Y el tema escogido por él fue significativamente la *Ética* de Aristóteles; buena lección con la que comenzar la vida académica en un siglo – el siglo XVI- en el que la intolerancia religiosa y el nacionalismo ya rampante iban a cubrir de sangre a toda Europa con las guerras de religión.

Hoy como entonces hemos buscado un gran maestro con el que iniciar el curso y celebrar nuestro 500 aniversario. Carlos Fuentes -Premio Cervantes y también desde hace unos días Premio Internacional D. Quijote de la Mancha- es nuestro maestro. Un maestro que se enorgullece a su vez de sus maestros, algunos de los cuales fueron exiliados españoles. “Muchos mexicanos somos lo que somos – decía Carlos Fuentes en este Paraninfo en 1987- porque nos acercamos a esos peregrinos y ellos nos ayudaron a ver mejor – Luis Buñuel-, a pensar mejor- José Gaos- a oír mejor – Adolfo Salazar-, a escribir mejor – Emilio Prados, Luís Cernuda, y a concebir mejor la unión de la lengua y de la justicia, de las palabras y los hechos”. Y lo mismo podemos y debemos decirle hoy nosotros: somos lo que somos porque habitamos en el mismo territorio de La Mancha, una provincia ideal con una lengua común que nos permite ver mejor, oír mejor, pensar mejor gracias al diálogo diario con otros maestros como Jorge Luís Borges, Pablo Neruda, Julio Cortázar, Octavio Paz, Gonzalo Rojas, Juan Gellman o Carlos Fuentes. Bienvenido a esta Universidad que hoy se honra nuevamente con su presencia y con su magisterio.

Por séptima vez me corresponde presidir esta ceremonia de apertura. En anteriores ocasiones me referí a los problemas ordinarios del curso que iniciábamos; pero esta es una inauguración diferente y, por ello, me van a permitir que sobrevuele los asuntos del día a día y les hable con la perspectiva más amplia de la que sea capaz.

Estamos viviendo en nuestras sociedades momentos difíciles; algunos dirían incluso que dramáticos. El mundo que conocemos y en el que hemos vivido hasta ahora ha sido un mundo de seguridades. Podríamos aplicar a este inicio del siglo XXI lo que Stefan Zweig decía de los inicios del siglo XX cuando “todo parecía establecido sólidamente y destinado a permanecer”; y de repente todo comenzó a derrumbarse. También hoy, como entonces, lo que hasta ayer nos

parecía fuerte, consistente y estable se nos muestra frágil, líquido y evanescente. Si hasta hace muy poco “todo tenía su norma, su peso y su medida”, y el curso de la vida estaba empedrado de seguridades (en los afectos, en el trabajo, en la economía y hasta cierto punto en la política), en el presente la seguridad se ha ido borrando, como un fantasma, de nuestras vidas. Hay palabras que dan el tono de una época; que expresan perfectamente lo que millones de personas sienten en estos momentos. Y estas palabras son incertidumbre, inseguridad y desconfianza. Incertidumbre ante los nubarrones que cubren cada día más amenazadoramente nuestro sistema económico; inseguridad ante la capacidad de los líderes para hacer frente coordinadamente a los problemas de nuestro tiempo como son la gestión de una economía mundializada, el aseguramiento de la paz internacional, la garantía universal de los derechos humanos, el respeto por nuestro planeta o la eliminación del hambre en todo el mundo. Y desconfianza que puede convertirse en miedo, el miedo en pánico y el pánico en desastre. Se nos intentó hacer creer que habíamos llegado ya al final de la historia; y lo que ocurre es que ha comenzado otra historia cuyo desarrollo más inmediato desconocemos.

La Universidad no vive en una burbuja que le aisle de este clima desasosegado. Gestos precipitados de algunas autoridades educativas han contribuido en estos días a que tomemos conciencia todos de que nada de lo que ocurre fuera de nuestras aulas nos puede ser ajeno. Tengo la convicción de que los problemas más perentorios – y sabéis a los que me refiero- los vamos a poder solucionar; pero también estoy convencido de que muchas cosas van a tener que cambiar. Y que lo mismo que el modo de vida al que estamos acostumbrados se verá de alguna forma afectado en un futuro inmediato, también la Universidad se verá afectada y debemos comenzar a pensar los cambios necesarios.

No se trata de dramatizar la situación sino reconocer lo delicado del momento, que es el primer paso para salir airoso en la empresa. Desconozco qué parte de la *Ética* de Aristóteles glosó en aquella ocasión Pedro de Lerma. Hoy yo le sugeriría glosar el libro III en el que se explica cómo el valor es el punto de equilibrio entre la cobardía y la temeridad. El cobarde teme lo que no es temible; el temerario se lanza a la acción ignorando o despreciando los peligros. Pues bien, ni temerarios ni cobardes. Inevitablemente van a haber cambios; pero de nosotros depende que los dirijamos o que nos arrastren. Por eso, reconocer las dificultades es el primer signo del valor. El segundo es la decisión de afrontarlas mediante una voluntad más fuerte y más generosa. Con esta actitud – transparencia y decisión de defender la Universidad Pública- vamos a hacer frente a los nubarrones que se ciernen sobre nuestra universidad y sobre todo el sistema universitario.

Por ello no vamos a paralizar el programa de modernización y europeización de nuestra institución sino que, muy al contrario, lo vamos a acelerar aún más. La Universidad española ha dado hasta hoy a la sociedad lo que esta necesitaba: buenos profesionales y casi toda la investigación que se hace en España. Un mínimo de rigor informativo debería implicar que todos los ranking

internacionales que se publican incluyeran, al lado del número que cada universidad ocupa, los recursos económicos de que dispone. Y entonces se podría comprobar que con escasos recursos hemos hecho y estamos haciendo un buen trabajo. Se insiste, con razón, que el futuro de nuestras sociedades está en la investigación y la innovación. Pues bien, este es el momento de comprobar si estas declaraciones eran serias o pura retórica. Una sociedad que es capaz de movilizar casi dos billones de euros – el 15% de nuestro PIB- para salvar nuestro sistema financiero, no puede decir ahora que es incapaz de programas mucho menos gravosos pero igualmente urgentes para salvar nuestro sistema educativo y construir una sociedad basada en el conocimiento.

La plena europeización de nuestras universidades exige reformar nuestras titulaciones, planes de estudio y metodologías. La historia de la Universidad muestra que esta vivió sus momentos de máximo esplendor cuando los profesores y estudiantes circulaban libremente de país en país, de Universidad en Universidad, buscando el mejor maestro, la mejor biblioteca, el mejor ambiente de estudio o los mejores medios de investigación. Por el contrario, la Universidad se empobreció y declinó cuando el nacionalismo y el sectarismo religioso – que condenó a nuestro primer Canciller Pedro de Lerma al exilio en el que murió en 1541 siendo Decano de la Sorbona- comenzó a parcelar Europa y poner barreras a la libre circulación de las ideas por razones, o mejor dicho, por sinrazones políticas y religiosas. Pues bien, hemos comenzado la renovación, la plena europeización de nuestros estudios y, por fuertes que sean los problemas a que nos enfrentamos, no vamos a detener el proceso. Crisis significa también oportunidad. Y por ello vamos a hacer del 500 aniversario la ocasión para remodelar todos nuestros estudios en el presente curso. Será la mejor forma de garantizar a esta Universidad una nueva y larga etapa en su historia.

Vamos a dar lo que con razón se nos pide en estos momentos. Pero también hemos de asumir lo que nos corresponde. Además de formar buenos profesionales e impulsar el conocimiento, la Universidad tiene el deber de ser conciencia crítica de la sociedad. Lo fue históricamente cuando no dudó en enfrentarse con sus dictámenes y *pareceres* a las presiones y deseos de la propia Corona. Y lo ha dejado de ser cuando, callada o autocontentida en su misión, parece no tener nada que decir ante los problemas más graves de nuestro tiempo provocados por los desafueros o la codicia de algunos. Comenzamos a saber qué es lo que ocurre en nuestras sociedades cuando todos y cada uno de nosotros dimitimos de nuestra responsabilidad ciudadana y confiamos el destino en manos de incompetentes sin escrúpulos ni control. *Perfundet omnia Luce* es el lema que figura en nuestras medallas y que significa que esta institución está llamada a *inundar todo con su luz*, esto es, con la razón. Ojala que la conmemoración de los 500 años nos sirva para recuperar aquel papel histórico de nuestra Universidad como conciencia crítica de su tiempo y aplicar la razón no sólo a desentrañar los misterios de la naturaleza sino también a articular unas formas diferentes, más sólidas y decentes, de gobernar nuestras sociedades.

Voy a terminar.

Una institución como la Universidad de Alcalá con 500 años de vida puede ver las cosas con cierta perspectiva; sin histerias ni alarmismo; con conciencia de las amenazas pero también con la fortaleza de haber superado situaciones mucho más graves. Y con la decisión de que la incertidumbre no nos conducirá a la desmoralización y al desánimo sino a la acción animosa porque, como nos recordaría hoy Pedro de Lerma, “el valiente es animoso y aguanta porque el asunto es noble”. Garantizar a nuestra Universidad una nueva, larga y fructífera etapa como luminaria de nuestra sociedad es un noble asunto al que merece que dediquemos nuestro mejor empeño.